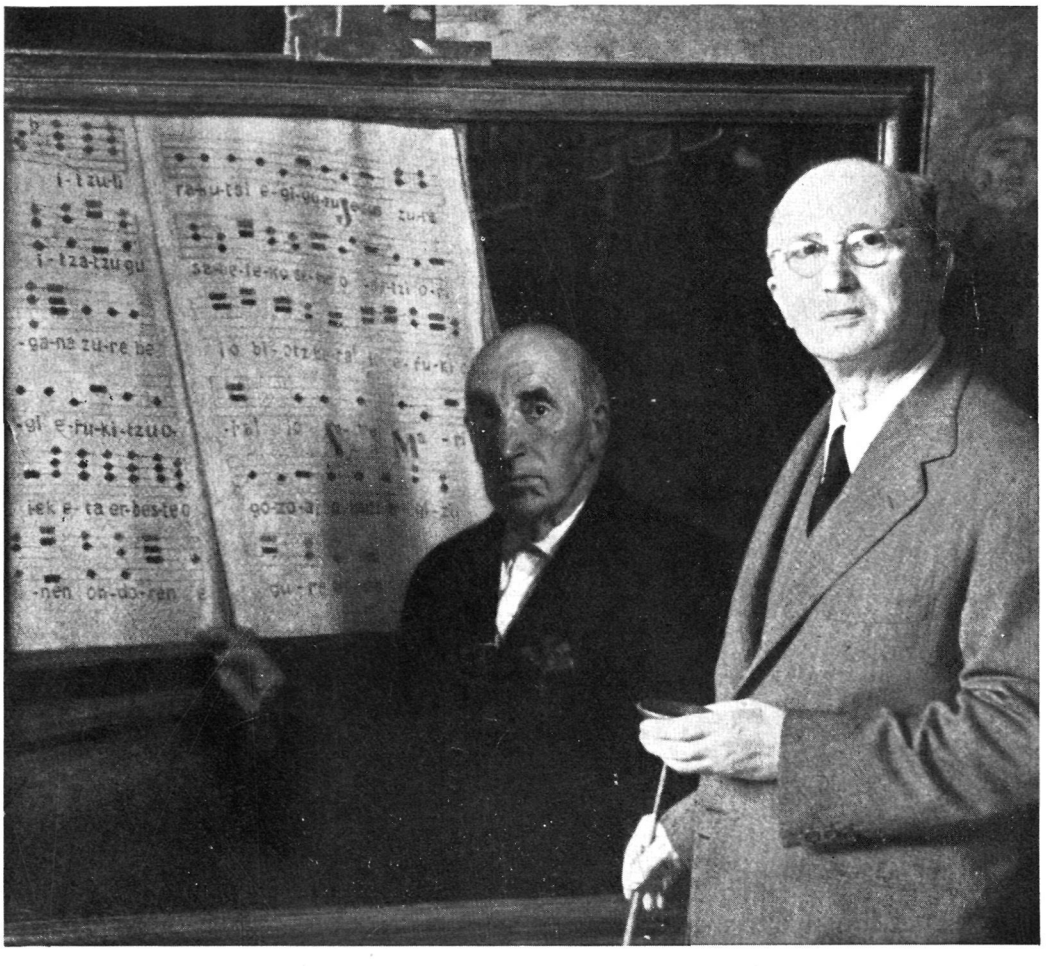
NECROLOGIA

D. ELIAS SALAVERRIA INCHAURRANDIETA

POR

JOSÉ FRANCÉS



Retrato de D. Elías Salaverría ante el cuadro que ofreció a la Academia en el acto de su ingreso en la Corporación.

ELÍAS SALAVERRÍA: «Gu» (Nosotros).

ELÍAS SALAVERRÍA: «San Ignacio de Loyola».

Elías Salaverría: «Don Juan».

Nació en Lezo (Guipúzcoa) el 17 de abril de 1883. Murió en Madrid el 12 de junio de 1952.
Fué elegido Académico numerario de la Real de Bellas Artes de San Fernando el 14 de diciembre de 1942, e ingresó el 16 de mayo de 1944.
Tema de su discurso: *La Pintura de Historia.* Contestación de D. José Francés.

Al morir Elías Salaverría en el interior de la iglesia de San Francisco el Grande, ocupado en la tarea de restauración de las pinturas murales del templo—con trágico simbolismo de la dedicación plenaria que significó toda su vida en la doble fe de lo divino y lo artístico—, España perdió uno de los cinco o seis grandes pintores, verdaderos maestros, de absoluto prestigio y con legítimo derecho a la perdurable nombradía, más allá de los *ismos* y las farsas mascariles y gregarias.

Era un viril ejemplar humano. Tenía bien definidos los rasgos físicos y espirituales de su raza norteña. El vigor y el rigor; el ímpetu combativo y el sentimentalismo tierno; la jocundidad epicúrea y el acendrado catolicismo. Y todo ello al enérgico servicio de una inteligencia recia y de una sensibilidad estética de parigual excepción.

Toda su obra responde a las "verdades eternas triunfantes de las mentiras convencionales y los extravíos transitorios". Desde los primeros cuadros, espejos de la humildad familiar de los ascendientes y consanguíneas gentes de agro y de mar, hasta los tres lienzos, magníficos, presentados a la Nacional de 1952; culminantes en el Certamen y al margen de toda codicia honorífica y económica: el *San Francisco Javier*, ardido en misionales afanes; *El venerable hermano Gárate* —acaso uno de los más prodigiosos cuadros de la pintura contemporánea—, arquetipo de la bondad subalterna y la devoción sencilla;

María Joaquina, matrona vasca, en la dulce y fuerte madurez y parejo realismo museal de los retratos femeninos de la mejor época holandesa.

Diríase que un misterioso aviso de su muerte desde la altura, en la postrer tarea de glorificar por el arte la infinita gloria de la fe cristiana, le hizo acudir así a mostrar reiterándoles su condición suprema de retratista, a lo clásico y lo palpitante, de seres gratos a Dios y leales a la tierra nativa.

Porque esto, y sobre todo, fué Elías Salaverría: el re-creador poderoso de figuras aisladas y multitudes homogéneas, con acento y huella de pretérito aliento y pasión coetáneos.

Elías Salaverría afirmó pronto la inclinación artística.

Ayudaba a misa al cura de Lezo, y en los libros parroquiales y en las paredes de la sacristía dibujaba con aquel ingenuo sentimiento de la línea, que es la obsesión moderna en el afán supercivilizado de rehacerse una emotividad perdida.

A los doce años, el sacerdote Pildain prensintió para él un porvenir glorioso y consiguió que el marqués de Cubas, gran devoto del Cristo de Lezo y Académico que fué de esta Corporación, se interesara, inteligente y entusiasta, por el futuro artista, pensionándole para empezar sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián.

Cada noche—aquellos nocturnos hostiles, tempestuosos, de la invernada—Elías Salaverría atravesaba a pie dos veces los kilómetros que separan Lezo de la capital para inclinar su niñez melancólica y embrujada de arte sobre el papel, donde iba dibujando las escayolas de formas griegas o romanas...

En los comienzos, Salaverría era un adepto del sorollismo. Después, Luis Menéndez Pidal le encauzó hacia la verdadera trayectoria donde el artista había de manifestarse íntegramente, sin concesiones al pasajero deslumbramiento de la adolescencia.

La procesión del Corpus en Lezo es la primera obra donde ya puede y debe juzgársele en el sendero seguro. Una de las más cabales tam-

bién. Destacó al artista, logrando la Medalla de Oro en la Exposición Nacional de 1912.

Es, además, una obra que se sostiene en su valor justo y en su capacidad sugeridora de todo cuanto habría de venir luego: el *San Ignacio, Los mineros,* los "gloriosos harapientos", de Elcano; *La Virgen de Aránzazu*

Su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando—al que me cupo la honrosa ufanía de contestar en virtud de un padrinazgo académico, y treintañosa amistad íntima—versó, y puso bríos de culta defensa, sobre *El cuadro de historia.*

Pintor de historia de España y de españoles, en el afán profano y el fervor creyente, queda así erguido con nombre y rango propios en lo histórico de nuestra gran pintura.

La procesión del Corpus en Lezo le destaca ya para siempre, no sólo por el significado relativo de la Medalla de Oro en su primera juventud, sino porque en aquella obra de sorprendente verismo, de penetrante grandeza como concepto y expresión, de magistral belleza plástica, estaba ya íntegro el inicio de una perfección temperamental, de una condición extraordinaria de intérprete de almas y rostros de hoy y del ayer en su hoy elocuentísimo.

¡Qué enorme, qué convincente—y no reproducible por la copistería y el manierismo ajeno y secundario—serie de figuras que la vida real o la ficción literaria perduran e influyen sobre generaciones nacionales!

San Ignacio de Loyola, férreo monolito de negros hábitos y de fulguración interna; austero, severo éxtasis de la actitud inmóvil, donde la calva recoge cimera un reflejo celestial; *El Cura Santa Cruz,* en bravura aguerrida, montaraz, con jabalina violencia a prueba de riesgos y hervor de nervios implacables. El *Don Juan Tenorio,* fanfarrón y ambiguo rufián, con su atuendo de azules y nácares en la complicidad voluptuosa del nocturno sevillano. Por contraste, la sombría, la repelente maldad fanática del *Don Ramiro,* de una gloria sin brillos ni

nobleza, cirio enlutado donde se consumía el pábilo de un alma bastarda. Y, finalmente, los ya citados *El Divino Impaciente*, el domador místico de los fieles asiáticos, que habían de devorarlo, y este *Venerable hermano Gárate*, el divino paciente que consagró su existencia entera a la humilde misión de abrir y cerrar una puerta, sin ver, ni desear, ni esperar nada del mundo, sino lo que la rayita de campo, cielo y agua que al entreabrir aquélla le traía una caricia de aire libre, tan humilde como él...

Y ¡qué amplia, cuán diversa y afirmativa de grandes dotes de *sinfonista narrativo* la otra serie de retratos agrupados, de plurales conjuntos de singulares tipos, que en la armonía de la composición y el relato del tema conservaban cada uno su espíritu propio e independiente! *Los mineros*, torvos, fuertes y melancólicos, en un friso temible de voluntades que despiertan y se rebelan; *Los gloriosos harapientos*, el retorno de Elcano y los dieciocho famélicos y soñolientos hombres, resto de los doscientos treinta y siete que embarcaron bajo el mando de Magallanes y que acudieron a postrarse a los pies de las Vírgenes sevillanas Nuestras Señoras de la Victoria y de la Antigua la tarde del 8 de septiembre de 1522. Pocas veces se ha expresado con tan conmovedora y enérgica certidumbre de arte y de emoción un episodio de viril grandeza con esta sobriedad, que rubrica la elocuencia sin alardes pegadizos.

Y culminante, totalizadora de un credo cristiano y estético donde se expande y culmina uno de los mejores temperamentos de pintor que ha dado nuestra época, la inmensa composición religiosa *La Virgen de Aránzazu*, en la que se contempla a los contempladores de la Patrona de Guipúzcoa, la muchedumbre de gentes de diferentes edades, condición social, tareas y servicios diversos, y que añadía a las ejemplares creaciones similares de otros siglos la obra de un artista de hoy, capaz de sentir, acometer y realizar fraternalmente los dos temas eternos de la pintura religiosa y la pintura histórica.

Una mañana de mayo de 1952 salíamos Salaverría y yo de cumplir la penosa misión—pero absorbente y grata, cuando se pone en ello lealtad y respeto a la ilusión ajena—de instalar una Exposición Nacional.

Y el artista, con aquel efusivo sonreir y aquel manoteo y oprimir del brazo de su interlocutor, que le revelaban distinto de su aparente hurañez y severidad habituales, me dijo:

—Sí. Hay un afán ahora de ir a la claridad, que no siempre se logra, para caer en chillonerías estúpidas y en acritudes descomplementarias; un afán de desluminizar y desconcretar con desdibujos de los que no supieron nunca dibujar ni construir. Una rencorosa y envidiosa ofensiva contra lo que llaman negruras y rigideces... Te confieso que yo también siento, sin desdecirme, naturalmente, de mí mismo, aquel afán de claridades infinitas. Quisiera pronto y plenamente darme al gozo de claridades y de blancuras purísimas. Pienso ya en lienzos donde el negro esté ausente y todo esté como henchido, saturado y etéreo de serenidades celestiales, alígeras, de ángeles y virgíneas de adolescencias... Un sueño de elevación sobrehumana, más allá de la vida.

¡Y así ha sido!